
CHAPARRO GÓMEZ, César. *Fray Diego Valadés, evangelizador franciscano en Nueva España*, Col. Extremeños en Iberoamérica, 4. Badajoz: Junta de Extremadura-Centro Extremeño de Estudios y Cooperación con Iberoamérica, 2015, 352 págs., ISBN: 978-84-943954-1-3.

Esta monografía sobre la monumental obra didáctica de Valadés es el producto de una dilatada investigación, en la que, con una nueva documentación, se hacen importantes aportes para perfilar la figura y la obra de este franciscano, tan citado entre los estudiosos del siglo XVI novohispano. Por una parte, se han revisado los datos biográficos, quedando claros algunos datos, como su procedencia de Villanueva de Barcarrota y su relación familiar con el Diego Valadés que acompañó a Hernán Cortés, del que era sobrino. Por otro, además de sondear los aspectos menos conocidos de su vida, ofrece una perspectiva cabal del sentido de su obra. La presencia en Italia de Valadés como procurador general de la Orden ante el papa Gregorio XIII, para gestionar algunos asuntos en beneficio de los indios de Nueva España, encuentra en este libro abundantes comentarios contrastados con la documentación.

Cierto es que la actitud de los conquistadores y pobladores ante los nativos americanos fue cambiando desde la primera llegada de los franciscanos de fray Martín de Valencia hasta la etapa posterior a las Leyes de Indias. Ese encuentro, que presentó serias dificultades para hacer arraigar el cristianismo, alentó al mismo tiempo la pedagogía valdesiana que se compara en esta monografía con las enseñanzas de los dominicos Bartolomé Las Casas y Luis de Granada, y del jesuita José de Acosta. Acompasada con las experiencias del franciscano, la doctrina retórica no carecía de ejemplos para desarrollar un gran número de excursos, en los que se mezcla la erudición bíblica con la vida de los indígenas, y las disposiciones jurídicas con la predicación de las virtudes cristianas.

El autor resalta sobre todo la función política de esta estructura de comunicación, tanto para la defensa de los indios americanos como para el afianzamiento de la autoridad papal en las Indias. Entiende que esa interpretación está avalada por el lugar de publicación de la *Rhetorica christiana*, que fue la ciudad de Perugia, en territorios del papado.

Por otra parte, es muy destacable la perspectiva de esta obra didáctica entre dos mundos culturales, apoyada en el método memorístico aplicado por Valadés a partir de las características de la lengua indígena. El resultado tenía la apariencia de una obra enciclopédica, cuya rica enseñanza se fijaba en las mentes de aquellas gentes,

a través de un arte de la memoria. No olvidemos que los franciscanos conocían los intentos de método de memoria artificial que sustentaban el sistema luliano. En el caso de este fraile, el aprovechamiento de la cultura local produjo una fusión muy singular entre dos civilizaciones. Las explicaciones sobre la naturaleza, tomando como base el relato de la creación del mundo, adquieren una gran relevancia en esta obra. Pero la eficiencia de esta forma de exposición iba más allá del uso del lenguaje. Valadés demuestra una curiosa atención por muchos detalles, tanto de la Biblia como del modo de vida de los americanos. Por ejemplo, el Tabernáculo mosaico es el escenario de un gran número de ideas relacionadas, ordenadas, al servicio de la relación entre los libros de la Biblia, sus autores, y sus contenidos.

En cambio, en el aspecto de la pintura de costumbres, la descripción de Valadés admite contraposición con las noticias proporcionadas por algunos autores de crónicas indianas. Incluso, la experiencia de fray Bernardino de Sahagún no parece muy de acuerdo con la visión de la actividad misional valadesiana. La interpretación de las pinturas y esquemas que ilustran la obra del franciscano plantean una vez más las diferentes miradas a la realidad social y cultural de los pueblos indígenas, que los europeos aventuraban cegados por su propia visión del mundo. El uso de la imagen daba ocasión al predicador para desplegar toda una variada batería doctrinal, dando como resultado una destacadísima característica del método catequético de Valadés.

El tratamiento de toda esta información necesaria para comprender la obra es muy claro y ameno. Ciertamente era complicado ofrecer al lector un cuadro bien ajustado de todas las facetas que presenta un texto ilustrado, extenso, y plagado de episodios muy diversos. El lector, aun satisfecho por el despliegue de esta verdadera enciclopedia histórica, queda atrapado por el atractivo de una presentación tan sugestiva. Independientemente del valor que tuvo para los europeos la publicación del texto, es admirable también hoy la ambición de Valadés al intentar reflejar la realidad de la vida de los indios americanos integrándola en su propia estructura de conocimiento.

Considerando la necesidad de comunicación intercultural propia de nuestro tiempo, accedemos a la perspectiva de Valadés con ayuda de una recreación de su contexto. El edificio de los signos cobra entonces relieve y multiplica su utilidad al llenarse de símbolos organizados alegóricamente. Este refinamiento de las formas culturales es el fruto más exquisito del desarrollo de una sociedad civilizada, capaz de descifrar mensajes empleando claves interpretativas y asociaciones de ideas tomadas de diferentes ámbitos de experiencia. Al combinar la habilidad discursiva, los ejemplos curiosos, y las imágenes, Valadés combatía la ignorancia con una enorme batería de recursos.

Lejos de una imitación servil de modelos establecidos muchos siglos antes y reconocidos en el XVI, la obra de Valadés supone, no solamente una recepción de aquellas obras, sino, sobre todo, un resultado de su asimilación y aplicación en una situación comunicativa muy distinta de aquella para la que los antiguos compusieron sus tratados, como Cicerón y Quintiliano.

Puesto que la observación del público al que se dirige el discurso es un precepto ineludible para todo orador y predicador, los aspectos que facilita la obra adquieren para nosotros una mayor relevancia. Todavía es más asombrosa esta información cuando, a través de los conocimientos de que disponemos, dirigimos nuestra mirada hacia el propio Valadés para reconocerlo como hombre de su época, tan capaz para trasladar lo mejor y lo peor de la condición humana en el vehículo de la historia.

El autor de la monografía no se ha detenido a espigar entre sus páginas todo aquello que Valadés hubiera dejado de sí mismo, sino que orienta al lector sobre la actitud con la que debe valorarlo, aportando un gran número de publicaciones y documentos de archivo. Lo cierto es que si se asume la singularidad de esta pieza didáctica, se corre el riesgo de desestimar gran parte de su enorme riqueza. El lector poco avisado se perdería abrumado por un modo de exposición poco habitual, y terminaría por dejar a un lado los elementos verdaderamente interesantes. Por eso, bajo la guía de un experto, todas las salas de la memoria y del pensamiento se abren tanto a las miradas curiosas como a las eruditas. Se entiende un esfuerzo de síntesis para no hacer de esta monografía una obra demasiado extensa para una lectura continuada, que se pueda reemprender una y otra vez después de haber disfrutado la primera.

Por todo ello, la obra de Valadés es un monumento de nuestras letras, tal vez inaccesible para muchos lectores de hoy por la densidad de su contenido, pero de gran utilidad para quien desee completar su conocimiento de la acción de los colonizadores. Sin duda, una mirada desapasionada de estas actitudes contrasta mucho con las de otros colonizadores, para quienes los habitantes del lugar eran un obstáculo para lo que consideraban su derecho al dominio sobre aquellas tierras.

*Jesús Paniagua Pérez - IHTC - Universidad de León
jesus.paniagua.perez@unileon.es*